

Norberto Siciliani

MALEDUCADOS

EL FRACASO
DE LA BUENA EDUCACIÓN

 **AUTORIA**
Editorial



www.autoria.com.ar

Dirección editorial
Gastón Levin

Autor
Norberto Siciliani

© De la presente edición, 2016

© Siciliani, Norberto 2016

© Autoría Editorial, 2016

Edición
Gabriela Franco

Corrección
Carolina Di Bella

Diseño de tapa
Raquel Cane

Diseño de interior
Donagh I Matulich

Siciliani, Norberto
Maleducados : el fracaso de la buena educación / Norberto Siciliani. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autoría, 2017.
224 p. ; 20 x 14 cm. - (Libros de la A)

ISBN 978-987-45920-8-8

1. Ciencias de la Educación. 2. Calidad de la Educación. 3. Escuela. I. Título.
CDD 370

Impreso en en Arcángel Maggio - División Libros, Lafayette 1695, Buenos Aires, Argentina,
en el mes de febrero de 2017.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin
previo consentimiento del editor/autor.

MALEDUCADOS



A Ida.

Índice

Maleducado, yo	15
PARTE 1: La era de la mala educación	
El tiempo recobrado	17
Definiciones	18
El éxito de la mala educación	19
¿Alcanza con ser educado?	20
Videos ejemplares	21
¿Dónde están y quiénes son los educados y los maleducados? ...	23
Amaestrar para el mercado	23
Pensar críticamente	24
La educación entendida como capital	25
¿El objetivo de la educación es el trabajo?	29
La opinión generalizada	31
¿Descansamos de trabajar o para trabajar?	32
La escuela como guardería de niños para que los padres puedan trabajar	33
El primero de la clase	34
Aprender a desaprender	35
Las falsas verdades: no todos somos iguales	38
Lo impresionante y lo emergente	39
Los falsos modelos: Finlandia es Finlandia	43
La tolerancia de la libertad	46
Los falsos modales: malas palabras	50
Maleducados del pasado	57

PARTE 2: Antes no era mejor

¿Todo es para siempre?	65
Antes y después.	66
La mala educación castrense.	68
Los hombres no lloran y las mujeres... no existen	69
Instrucción cívica.	70
Unidad, orden y equilibrio.	72
Caímos en las redes (sociales).	74
Hacer buena letra	74
Historia de las “Señoritas”	78
“Aptitud para la enseñanza”	79
Beneficencia y beneficiados	80
Buenos días, señorita	81
Favores y favoritismos.	83
Solteritas y con doble enagua.	84
O juremos con gloria morir: educar para la muerte	85
El himno de los otros.	88
Compartir el duelo.	91
Los castigos físicos	93
El lugar de los niños	97

PARTE 3: Aprender como camino de ida

Los remedios de la biblioteca.	105
De libros y lectores	107
Los pequeños gestos.	108
¿Por qué estudiar hoy?	109
No se vuelve nunca a la ignorancia original	111
Educar a un niño es cambiar el mundo	115
¿Enseñar para ganar?	117
La autoridad de la confianza.	109
Apuntalando la estima	122
Educar es aplazar	124
Contagiar la pasión	126
Desorden y caos.	128



PARTE 4: Dónde y cómo se producen hoy los aprendizajes

La escuela	
¿Es lo mismo educación que escolarización?	133
Muchas escuelas, la misma escuela	135
De la institución a la “extitución”	136
Los falsos ideales: una escuela democrática	139
La escuela como sala de primeros auxilios.	141
Categorización y exclusión (bullying, sanciones, expulsiones) . .	143
Algunas experiencias de violencia simbólica.	145
El fracaso escolar.	149
La casa	
La cocina de la educación	153
Nuevas costumbres, nuevos modelos de familia	158
De “honrarás a tu padre” a “honrarás a tus hijos”	162
El diálogo: decir no es lo mismo que hablar	164
¿Información o autenticidad?	169
No hay chicos buenos y chicos malos.	171
¿Qué pasaría si la escuela no fuera obligatoria?	172
La calle	
Aprendizaje y desigualdades.	175
El aprendizaje cotidiano.	180
¿Qué se aprende y qué se enseña en la calle?	182
¿En la calle sirven los conocimientos aprendidos en la escuela? . . .	184
La tele	
La televisión que educa	186
La televisión maleducada	188
¿Qué imagen de la juventud venden las publicidades?	190
La web	
¿Las redes sociales pueden suplantar a la escuela?	193
¿Es válido el uso de celulares dentro de la escuela?	199
10 razones para seguir aprendiendo	205
Notas	207
Bibliografía consultada para este libro y de referencia.	213



Maleducado, yo

Nunca quise escribir este libro.

Llevaba seis años compilando material fruto de la investigación y de mi propia producción acerca de la pasión, la emocionalidad, los goces y los dolores que experimentamos los educadores. Quería escribir ese libro, pero no este.

Sin embargo, luego de una charla con Carolina Di Bella, dueña de La Escalera Libros y editora, comencé a sentirme involucrado cuando me propuso el título “Maleducados: el fracaso de la buena educación”. Durante esa conversación de café me sugirió que no solo escribiera para mis colegas, maestros y profesores, sino que les hablara a todos, a los lectores en general. Debo confesar que esa idea me acobardó, aunque también me despertó un extraño entusiasmo que, sin el entusiasmo de Carolina, por supuesto, perdí rápidamente.

Tiempo después, Gastón Levín, propietario de Autoría Editorial, durante un almuerzo de empanadas en “La salteñita”, me escuchó pacientemente despotricar porque “la educación me tiene podrido” y me convenció: había algo provechoso que yo podía decir acerca de pedagogía por encima de la “opinología” habitual. Tanto, que casi logró que me lo creyera. Incluso, mi amigo de la infancia, Mario Alberto Moreno Brocal, desde Brasil, me ofreció su trabajo diagramando ideas para algunas tapas que luego fueron mutando. En ese momento creí. Sí, creí. Confíe en que tal vez existieran argumentos reales que hicieran posible escribir este libro. Aunque tampoco confíe lo suficiente.

Fue entonces que la editorial me puso en manos de Gabriela Franco que, como si estuviera embolsando un huracán, editó el libro por completo, me ordenó, me acompañó, me estimuló y mantuvo



un misericordioso silencio acerca de las barbaridades que leía en los originales que le enviaba... Recién en ese momento casi me convencí de que podía escribir este libro.

Y un día el libro quedó terminado. Revisado, corregido, con bibliografía incluida, algunas veces al pie de página y gran parte de ella al final del libro.

Y a la vuelta de la escritura debo decir que escribir este libro ha sido una extraordinaria experiencia que me permitió, de a poco, abandonar esa maleducada soberbia que me (y nos) hace creer que lo sé todo y que todo lo puedo hacer solo y mejor que otros, aunque esos otros sean los que saben. Fue por medio de la escritura de este libro que pude acercarme a la humildad intelectual de reconocer que también detrás de esta tarea de escribir, que uno se imagina, sufre y disfruta en solitario, hay un sabio y gozoso trabajo en equipo.

No niego que fue un proceso doloroso al que incluso por momentos rechacé, pero que me ha permitido aprender a respetar y a valorar las labores de edición y corrección que me obligaron a renunciar a los caprichos del capital cultural que poseo y que perversamente me (y nos) hace creer mejor y más poderoso.

Nunca quise escribir este libro. Siempre tuve el deseo de construir una casa con mis propias manos. Siempre anhelé poder dedicar mi vida a ayudar a los más necesitados. A confortar a los moribundos. Siempre pretendí ser un buen padre y una mejor persona para la mujer que acompaño y me acompaña desde hace casi medio siglo. Solo he logrado cuidar más o menos mi jardín, hacer sonar rudimentariamente mi saxo y no cesar en el intento de aprender de los jóvenes y los niños en mi tarea de educar.

Y aunque nunca quise escribir este libro, probablemente este sea el libro que siempre quise escribir.





PARTE 1

La era de la mala educación

El tiempo recobrado

Me encanta perder el tiempo. Estar tirado sin hacer nada manipulando el control remoto. Observar el cielo y escuchar a las palomas cuchichear. Sí, a veces siento un poco de culpa por eso siempre me digo a mí mismo: No pierdas el tiempo, pero si estás decidido a perderlo... ¡disfrútalo!

Tienen razón las maestras cuando dicen que la escuela no es lugar para perder el tiempo. Hay otros lugares mucho mejores para hacerlo: el shopping, el río, la casa de algún amigo. ¿Por qué hacerlo en la escuela, donde ya sabemos que los chicos van para que les enseñen? Quizá porque no hay experiencia más feliz que la de perder el tiempo riéndose sinceramente a pleno, sin culpa ni miedo, con los alumnos y los hijos, con los más chicos, con esta extraña generación que llega.

Pareciera ser que todos los demás son cada vez más maleducados y a pesar de que nos quejamos permanentemente nos damos cuenta de que los maleducados siempre reciben beneficios. Y como los maleducados son siempre los otros, somos nosotros los que *siempre* salimos perdiendo. Sin embargo, cuando podemos, sacamos *ventajita* en una fila del banco, o nos aprovechamos de algún familiar discapacitado para obtener beneficios o respondemos con hipocresía para no hacernos cargo de argumentar nuestras ideas. O mentimos. O somos indiferentes. O insultamos para hacer sentir mal al otro haciendo gala de pequeñas cuotas de poder.

¿Un maleducado es aquel que tiene actitudes que no nos gustan?
¿Es ese que no coincide con nuestros criterios éticos? ¿Es el indiferente



a nuestras necesidades inmediatas? ¿Es una minoría que hace abuso de sus prioridades y prerrogativas? ¿Son algunos que llamamos inadap-tados porque no respetan nuestro cómodo y tranquilo modo de vivir? ¿Somos alguno de nosotros cuando nos dirigimos a otros con expresiones despectivas y descalificadoras? ¿Son los dueños de la opinión pública avasallándonos con ideas preconcebidas, con palabras obscenas, con actitudes violentas, con sarcasmo displicente? ¿Son esos otros que quieren convencernos de que el tarot, la quiromancia, la astrología y las promesas electorales son la panacea para todos nuestros males?

Esos que llamamos maleducados o desubicados pareciera que cumplen una función tácitamente saludable en nuestro ambiente social: hacer y decir todo lo que los educados y ubicados no decimos ni hacemos. Los maleducados, como dirían los adolescentes, *garpan*: obtienen beneficios de sus actitudes y se van transformando en altavoces de una sociedad que está construida para que la mayoría pague gracias a una minoría escasísima que aparece en los medios. ¿Es un maleducado el pibe sucio y mal vestido que en los medios de transporte pide, grita, corre y empuja sin registrar al otro? ¿Qué nos quiere decir? Si nosotros podemos hacernos esa pregunta es que queremos educar, creemos en educar, pero debemos admitir que nos encontramos desorientados en medio de la incertidumbre.

Definiciones

El Diccionario de la Real Academia Española presenta las siguientes definiciones:

maleducado, da.

1. Dicho de un niño: muy mimado y consentido.
2. Descortés, irrespetuoso, incivil.

maleducar.

1. Malcriar.
2. Educar mal a los hijos condescendiendo demasiado con sus gustos y caprichos.



Un sinónimo posible es “zarpado”, adjetivo que describe a alguien que se comporta inadecuadamente o dice cosas que resultan groseras, indiscretas o inoportunas. Sin embargo, para los jóvenes quiere decir extraordinario, increíble. De manera que un maleducado puede perfectamente ser un zarpado.

Se puede tener un marido, un empleado o un hijo zarpado y no siempre el adjetivo es peyorativo. Solemos ponderar las acciones de los zarpados con expresiones del tipo “¡Guau! ¡Qué zarpado!”. Es verdad: son personas que se lanzan a navegar, que no temen al ridículo porque saben, como lo sabe el adagio popular, que un barco fue hecho para navegar aunque esté más seguro en puerto.

Y por eso son zarpados los que nos cuestionan con su vida y sus acciones. Y son zarpados los chicos que en los medios de transporte juegan, gritan, piden. Zarpados son los artistas callejeros. Y los travestis, que nos enfrentan con nuestro propio juicio discriminador. ¿Son maleducados aquellos que orinan en la calle porque la calle es su casa y es allí donde viven?

El éxito de la mala educación

¿Por qué soltar graciosamente una flatulencia en un programa internacional puede hoy viralizarse hasta lo increíble y sin embargo es considerado como una grosería incalificable si lo hace una persona que está a nuestro lado en el tren o en el subte? ¿Es solo por el olor? No seamos hipócritas... Todo es cuestión de que no nos descubran... o de que tengamos la suerte de que ese flato se mediatice infinitamente por algún misterio del interés del público.

Hace unos años, viajando en colectivo, en pleno invierno, con las ventanillas cerradas y pasajeros a tope, comenzó a percibirse un aroma nauseabundo y progresivo. Una señora mayor sentada en el asiento de atrás me toca el hombro y me dice: “¡Maleducado!”. Todo el mundo me clavó la mirada de censura. En ese momento, además de vergüenza tuve un sentimiento trágico: ¿quién iba a creer en mí, aun siendo inocente? Irremediamente ya me encontraba condenado de antemano por el prejuicio de una anciana, que se había convertido en la reserva moral de los pasajeros. En esos microsegundos, en que se me cruzaron



mil ideas a toda velocidad, decidí entregarme heroicamente en nombre del culpable oculto y respondí, sin darme vuelta, como dirigiéndome a todos los presentes: “¿Señora, acaso usted nunca se tiró un pedo?”. Y se produjo un milagro. Automáticamente el pasaje completo largo una carcajada, declarándome un ser tan inocente como cada uno de ellos.

Digamos que en general es aconsejable hacernos cargo de nuestros límites y exponerlos para ponernos a la par del resto del mundo, en lugar de ocultarlos para exhibir un perfil de cortesanos reales que no somos.

¿Alcanza con ser educado?

Es común pensar que la educación es la solución a casi todos los problemas. Pero este pensamiento único nos engaña ya que terminamos excluyendo prácticamente al resto de los factores que intervienen en el desarrollo y la felicidad. Muchas veces terminamos aceptando ideas que no obligatoriamente responden a las necesidades de las personas. Y las seguimos como una panacea.

Sin embargo, aspectos como el medioambiente, el entorno de desarrollo, la crianza y por sobre todo la salud son tan importantes como la educación. O en todo caso son una parte constitutiva de lo que llamamos buena educación. Es el bagaje cultural con el que abordamos la cuestión de educar y educarnos.

El especialista español en Educación Jorge Larrosa afirma que “La educación es la forma en que el mundo recibe a los que nacen”.

Tener garantizado el cuidado físico y un plato de comida digno es tan importante como que los padres hablen con sus hijos. Difícilmente podamos exigirles, clamar por buenos gestos educados, a quienes revuelven la basura de McDonald’s por las noches para tener su comida del día. ¿Son unas maleducadas esas personas necesitadas que piden y que no agradecen cuando uno les da? Perdieron todo... hasta el saludo...

Entonces... la buena educación... ¿Qué es? ¿Existe? ¿Para qué sirve? ¿O solo es un regalo que se tuvo la suerte de recibir?

Podríamos pensar que en un mundo donde a muchos se les hace cada vez más difícil sobrevivir, y por lo tanto encontrarle sentido, el



único objetivo es descargarse de todos los pesos extras que suponen la ética, el buen trato, la cordialidad y pasar por arriba a quien sea para obtener más seguridad para la propia vida. Es decir, asegurarse cosas básicas, poder adquirir un medicamento, ser recibido con una caricia por alguien a quien le intereseamos. Aún se suele escuchar en el discurso de dirigentes, familiares, entrenadores y políticos la idea de que lo que no te mata te hace fuerte. Quizá no todos tienen la posibilidad o la fortuna de sortear estas exigencias que la sociedad ha programado para la formación de sus integrantes y salir edificados. Se opta entonces por el camino menos traumático, que siempre es el que aparece como el más fácil. ¿Quién puede pensar, disfrutar o aprender con el estómago vacío o con dolor de oídos o de muelas? ¿Quién puede competir equitativamente en un deporte si tuvo una fractura mal curada? ¿Qué oportunidades puede tener el último orejón del tarro? ¿O a quién podemos reclamarle el cuidado de la vida si su propia vida fue descuidada desde el mismo día de su concepción?

Videos ejemplares

En enero de 2013, el periodista Leo Rosenwasser entrevistó en televisión al primer abogado defensor del portero Jorge Mangeri acusado en ese momento del asesinato de Ángeles Rawson de 16 años y condenado a prisión perpetua. El leguleyo se presenta con su esposa y su hijo de seis años, que se sienta en el brazo del sillón donde está su padre.

El diálogo con el periodista se desarrolla en los siguientes términos tragicómicos¹:

Periodista: ¿Mangeri es inocente?

Abogado: Mangeri es un señor inocente que está pasando por el peor momento de su vida...

Hijo: (en voz baja en la oreja del padre): Pero boludo, mató a Ángeles...

Periodista: No pasa nada, no pasa nada. ¿En algún momento sentís que él siente que mataron a una nena de 16 años, más allá de todo?

Hijo: ¡Yo ya sé cómo la mató!

Periodista: Pero no lo digas... pero no lo digas, mi amor...



Hijo: ¿Por qué no puedo decirlo? (El padre le hace hacer silencio con el dedo índice sobre la boca y el chico repite el gesto riéndose...)

Los tópicos a puntualizar sobre esta escena son los siguientes:

1. El niño que refuta al padre, sin embargo...
2. en lugar de decirle: “¡pero, papá!...”, como cualquiera esperaría de un hijo, le dice: “pero, boludo...”.
3. El padre lo toma como un comentario habitual, mientras el periodista naturaliza los dichos del niño repitiendo que no pasa nada.
4. Luego el periodista enuncia una pregunta difícil de entender, incluso es difícil comprender qué quiso preguntar. ¿Por qué habla de los sentimientos de un especialista en leyes penales o de los sentimientos de un acusado de asesinato de una menor?
5. ¿Por qué el niño sabe qué pasó? ¿Qué escuchó? ¿Por qué a los seis años está en un programa en el que están hablando del asesinato de una menor?
6. El periodista calla al niño, lo censura, le dice “no lo digas”, aunque quiera matizarlo con un “mi amor”.

En síntesis, una locura con máscara de espectáculo. En ese mismo video aparece el famoso conductor Marcelo Tinelli en un programa de hace unos cuantos años en el que regalaba helados a quienes decían ser hinchas de San Lorenzo. Cuando uno de los niños participantes le responde: “De Platense”, el conductor devuelve: “Pero tenés que decir que sos de San Lorenzo para llevarte el helado”. Todo el público se ríe y festeja. Y el conductor vuelve a preguntarle: “¿De qué cuadro sos?”. Y el niño le responde sin vacilar: “De Platense”.

(Conductor) —Pero no te vas a llevar el helado si no decís que sos de San Lorenzo.

(Niño) —Entonces no quiero el helado —responde muy serio y se retira.

Todo el público se ríe y festeja.

La pregunta es: ¿de qué se ríe el público y qué festeja?



Ambos casos presentados exponen con claridad los modos, las maneras y la ética de la vida actual. Educados o maleducados, como quieran llamarlos.

¿Dónde están y quiénes son los educados y los maleducados?

¿Eran unos maleducados aquellos que sin saco ni sombrero remojan sus pies en la fuente de la Plaza de la República? ¿Eran maleducados aquellos padres de la Roma Imperial que tenían la potestad de dejar vivir o matar a sus hijos? ¿Son maleducados esos hijos de hoy que traen a su novia a “dormir” a la casa de sus padres? O esa hija que con cierto recelo nos cuenta que está de novia con una joven: ¿es una maleducada? ¿Pueden hoy considerarse maleducados a los personajes públicos, políticos, artistas y periodistas que se insultan, se amenazan y se provocan a través de los medios de comunicación fabricando rating a raudales?

La historia de la educación y de sus proyectos y propuestas no alcanza para exponer las verdades y desvergüenzas de lo que hemos naturalizado. Pero a la mirada de todos, todos somos maleducados. Los que son de otro cuadro de fútbol. Los de otra tendencia política. Los extranjeros o los inmigrantes. Los de otro color de piel. Los de otra religión. Los de otro idioma. Los ricos. Los pobres. Los gordos. Los feos... Todos somos unos maleducados insoportables.

Amaestrar para el mercado

Siempre me ayuda a pensar una reflexión del economista Ernst Friedrich Schumacher: “El fomento y la expansión de las necesidades es la antítesis de la sabiduría. Es también la antítesis de la libertad y de la paz. Todo incremento de las necesidades tiende a incrementar la dependencia de las fuerzas exteriores sobre las cuales uno no puede ejercer ningún control y, por lo tanto, aumenta el temor existencial. Sólo reduciendo las necesidades puede uno lograr una reducción genuina de las tensiones que son la causa última de la contienda y de la guerra”.



Estamos expuestos a la manipulación de la estrategia del mercado en su exacerbación de las necesidades y la explotación del deseo. Formamos parte de ese juego aparentemente ingenuo, aunque nos neguemos a aceptarlo creyendo que nosotros somos dueños de nuestras propias decisiones.

A través de la publicidad y los medios en general nos “invitan” al consumo de alcohol, medicamentos y velocidad. Estamos inmersos en esta cultura de muerte. Inocentemente nos recomiendan que tomemos Uvasal o Hepatalgina después de los excesos de la noche anterior. Sin embargo, nos están maleducando. Porque esa lógica es lo opuesto a educarse en el cuidado de la salud.

Comer en cantidades excesivas, hasta el extremo de hacernos sentir mal, contando de antemano con la seguridad que nos ofrece un remedio ya es haber sido mal educados. Lo mismo ocurre cuando nos proponen convertir la ingesta de vino en un culto intelectual y sofisticado a través de un texto poético escrito en la etiqueta: “Este vino tiene recuerdos de madera vieja, desván, miel rancia, almendra tostada, pastelería, nuez”.

Ellos, los buenos muchachos del mercado, terminan convenciéndonos de que todo está bien.

Pero también están los otros maleducados, los que se resisten a ser educados por el mercado, se niegan a caer en las telarañas seductoras del consumismo e intentan regirse por sus propias ideas. Estos maleducados suelen ser vistos como especímenes raros. “No, no tomo alcohol”, dicen, por ejemplo, y reciben una mirada de extrañeza. Y con ese mismo gesto burlón la sociedad mira a los defensores del medioambiente, a los consagrados a alguna corriente espiritual, a los pacifistas: personas maleducadas que nos empujan a observarnos desde otros lugares.

Pensar críticamente

Y será nuestra tarea de educadores, y llamo así a todos los adultos que forman parte de una comunidad, cumplir con esta premisa que no es otra que la de enseñar a pensar críticamente la realidad.

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo puede un maestro competir hoy con el *rating*? Me consta que muchas veces se logra simplemente con prestarles atención a los alumnos o a los hijos. Sentarse al lado de ellos, compartir



el silencio o la charla, responder preguntas, evitar la soberbia de creer que podemos enseñarles a vivir.

La antropóloga argentina Paula Sibilia reflexiona sobre este tema en su libro *¿Redes o paredes? La escuela en tiempos de dispersión*: “Ese niño que se definía en virtud de su porvenir ciudadano como fruto de la conjunción entre el hijo —producido por la familia— y el alumno —modelado por la escuela— quizás hoy sea una figura en extinción... [...] Ellos son los consumidores de la actualidad o bien los excluidos”.

A diferencia de la ley, el mercado no impone un orden que comprenda a todos por igual. Eso sí, posiciona a todos ya no como ciudadanos sino como consumidores, incluidos los niños, a quienes asila y aísla.

Aquí se presenta entonces la soledad del niño, en esta perversa pedagogía de mercado, en una relación de consumidor y consumido. La lógica de la escuela y de las familias, de los distintos tipos de familias, es hoy la del consumidor consumido. Son producidas como producto y al mismo tiempo producen a los consumidores de sí mismas. Lo único que le interesa al mercado es que se consuma más. No importa qué, ni cómo, ni cuándo, ni quién. Las estrategias que el mercado propone afirman que todo lo que está al alcance de los jóvenes y los niños, desde las herramientas técnicas hasta las personas, son productos a su disposición. De manera que se encuentran solos frente al mercado, indefensos y a merced del poder disimulado del marketing pedagógico del mercado y, al mismo tiempo, con el poder que se les otorga y que daña y minimiza a los demás agigantando la propia estatura y autoestima. A este juego perverso accedemos los adultos arrastrando a los chicos o siendo arrastrados por ellos.

La educación entendida como capital

Es innegable que estamos inmersos en una sociedad de mercado. Y son muchos los consejos para evitar que el consumo no se convierta en una adicción que suele hacernos sentir falsamente felices.

Dice Zygmunt Bauman: “El consumo produce individuos que se sienten plenos porque creen saber elegir, la cultura ya no se concibe a sí misma como una cultura de aprendizaje y acumulación sino de desvinculación, discontinuidad y olvido”.



Pero además tendemos a pensar la educación como un capital a atesorar, es decir, con los atributos que conllevan los beneficios de la acumulación de riquezas, una riqueza intangible pero aprovechable en el momento de acaparar poder, tomar decisiones, posicionarse socialmente, motorizar la autoestima hasta asentarse en el narcisismo, exclusivo y fugaz.

La escuela, por ejemplo, sigue pensándose como el sitio donde se generan productos, que se acumulan como un ahorro para un futuro que no sabemos cómo será, ni qué requerirá del individuo ni qué necesitarán las personas para transitarlo.

Este acopio de información habilitará a los sujetos —calificaciones conceptuales y numéricas mediante— a ser seleccionados entre otros muchos que quedarán afuera de este tamiz. Es en ese momento cuando el individuo comienza a reconocer el placer de este consumo pedagógico: el de tomar conciencia de que con estas prácticas se puede llegar a formar parte de los elegidos. Cuadros de honor, altos puntajes, premios y beneficios los van separando cada vez más de los otros, aquellos que simultáneamente van haciéndose invisibles porque no han alcanzado los estándares requeridos. Se califica para triunfar o para permanecer al margen. Esos “triunfadores” se harán cargo de los marginados a través de diferentes herramientas que van desde la indiferencia al desprecio pasando por el acoso escolar o *bullying*. El mundo escolar y la sociedad misma clasifican entonces entre mal educados y educados. No es maleducado aquel que fue mal educado sino quienes provocaron que muchos quedaran marginados por mal educar.

Pierre Bourdieu sostiene que “la clasificación escolar es una clasificación social eufemizada, por ende naturalizada, convertida en absoluto, una clasificación social que ya ha sufrido una censura, es decir, una alquimia, una transmutación que tiende a transformar las diferencias de clase en diferencias de ‘inteligencia’, de ‘don’, es decir, en diferencias de naturaleza... La clasificación escolar es una discriminación social legitimada que ha sido sancionada por la ciencia”. En efecto, podemos decir que los test psicológicos, la medicación, los diagnósticos prematuros, entre otras prácticas que se han hecho habituales en nuestros días, son formas de legitimar la discriminación.

Para complementar esta idea, e intentar entender el porqué de las incertidumbres educativas que vivimos hoy, cito a Osvaldo Dallera:



“El pensamiento tradicional opta por una idea de realidad que privilegia la unidad, el orden y el equilibrio por sobre la diferencia, el caos y el conflicto”. Por eso el mundo del mercado aparece como liberador y tranquilizador ante una realidad cada vez más incierta.

Estaríamos entonces en condiciones de analizar un itinerario educativo que partiría de tres metas significativas para el mundo actual:

- A. La búsqueda de la unidad en la diversidad.
- B. La aceptación de una armonía en tensión.
- C. El protagonismo del conflicto.

El periodista Gonzalo Toca expresa lo siguiente en un artículo publicado en la revista digital *Yorokobu*: “Todos decimos admirar la creatividad y, sin embargo, todos la castigamos de forma implacable cuando cuestiona nuestras creencias. Odiamos la incertidumbre cuando no la provocamos nosotros. Por eso, la sociedad da tantas veces con la puerta en la cara a los creativos y los obliga a superar una educación donde se premian la imitación, la uniformidad y la memorización, y se penalizan la intuición, la individualidad y la diferencia. Los comportamientos distintos y dispersos deben ser corregidos. Y pronto”. Luego agrega: “A los psicólogos estadounidenses Valina Dawson y Erik Westby se les ocurrió en 1995 la genial idea de cruzar los datos de los alumnos creativos de una clase y los de los favoritos de los profesores. Entonces descubrieron que los maestros dicen admirar la creatividad, pero prefieren a los niños obedientes. Se comportan como los jefes que esos mismos niños encontrarán cuando tengan que trabajar. El mensaje que reciben desde la infancia es claro: el reconocimiento y la estima de la autoridad dependen de la habilidad con la que ejecutemos sus órdenes. Nos pagan para pensar, no para discrepar”.

Después de varios siglos de escuela nos han convencido de que la educación tiene que ser bancaria y selectiva, sin percatarnos de que sus consecuencias finales se circunscriben a prácticas de discriminación que provocan conductas de bulimia catedrática y anorexia escolar. Entendiendo a la bulimia como un deseo irrefrenable (enfermedad) de ingerir una cantidad no controlada y excesiva de contenidos académicos, más por presión externa que por deseo o pulsión.



Itinerarios académicos que desembocan en la anorexia escolar, con vómitos por lo ingerido y su posterior rechazo.

Paulo Freire describió la pedagogía bancaria como la educación que despoja a los conocimientos de todo lo que sirva para entender su significado y los presenta como productos de un intercambio comercial. Es un tipo de pedagogía que sitúa al alumno en posición especuladora, buscando la conveniencia, es decir, al profesor que dé menos trabajo y ponga las mejores notas.

Los educadores, y especialmente la escuela, deben producir en los individuos unas ciertas operaciones de interpretación que los impliquen subjetivamente. De otra manera, la escuela se configura como un recurso más de la TV que solo se dirige a consumidores aburridos en espera de ilusorios momentos que, unos tras otros, los saquen de la cotidianeidad no mediatizada.

Porque, en general, la realidad no es sensacional, aburre. Y cuando es sensacional no lo es en los términos de los medios. Por lo tanto, deja de ser verosímil ya que el individuo solo espera ser una copia de ellos.

Esta estrategia de generar gente mansa, susceptible de ser manipulada por las leyes del marketing, es maleducar. Lo es también habernos convencido de que el mundo es propiedad de quien mejor se ve y del que huele mejor. Creer que las reglas que se hicieron para mejorar la vida social y atender al bien común no están hechas para uno es ser maleducado. Quienes así piensan desconocen lo que es prestar atención a otros. Se creen únicos en su especie y por lo tanto únicos en el planeta. Si tienen que doblar a la izquierda en plena avenida, lo hacen. Si tienen que reírse del pobre tipo, se ríen. Son los que hablan por teléfono mientras manejan. Se llevan al mundo por delante ya se trate de un ladrón, un cura, un político, un médico o un canillita. No importa que les sobren la plata, las propiedades, las mujeres o que tengan a otros postrados a sus pies. Educar para el mercado es hacer pensar que, aunque naden en dinero o estén en medio de la miseria, siempre querrán más y de paso intentarán que el otro tenga menos. Educarse es ir desplazándose de la inmediatez, de esa pulsión innata hacia el placer, para poder pensar y establecer un tiempo entre la aparición del deseo y la acción.

Hay cartoneros maleducados que sacan lo que necesitan rompiendo las bolsas de basura y dejando todo desparramado en las veredas



porque es la única manera que conocen de decirle al mundo que lo que hacen no es digno. Pero hay otros cartoneros que dejan todo impecable después de retirar lo que necesitan porque es la forma que tienen de decirle al mundo que no importa cuán indigno sea lo que uno haga, lo que hay que enarbolar es la propia dignidad y eso es decisión de cada uno y no del destino.

Este tipo de maleducado es característico de esta era de la liquidez, de esta posmodernidad intangible e incierta. Un mundo donde no hay ética y predomina la estética, donde reina el hombre como Narciso en medio de la fragmentación, la provisionalidad, el relativismo, la desestructuración. Donde el nihilismo es rey y no se cree en nada ni en nadie. Donde se encuentra en pleno desarrollo la cultura del simulacro.

Podemos llamar maleducado al que esconde y no muestra, al que opina por detrás y no confronta, al que boicotea desde la sombra y no propone ninguna alternativa. Es obsecuente y pusilánime. Este maleducado suele negar todo cuando se lo descubren. Pero inmediatamente se justifica y más tarde argumenta y busca debilidades de ese que lo puso en evidencia para comenzar campañas de desprestigio.

Y no es posible erradicar a estos maleducados con decretos o leyes.

¿El objetivo de la educación es el trabajo?

¿Cómo hemos llegado a estar convencidos de que el trabajo es el objetivo de la educación si luego trabajamos toda la vida con el objetivo de dejar de trabajar? Este es uno de los valores que ya no expresan los deseos de las nuevas generaciones. El sistema educativo no consigue ponerse a tono con las necesidades de sus usuarios.

El surgimiento de nuevos “docentes de mercado”, una batalla de conceptos teóricos que poco pueden hacer frente a la realidad cambiante en la que sostener nuevos paradigmas, se nos torna a nosotros, adultos educadores, cada día más difícil. Adultos que desconocen el lenguaje y los códigos de los jóvenes y a los que, por lo tanto, les resulta imposible entender sus itinerarios y sus elecciones. Y también la necesidad de aprender a vivir con la decepción de no ser consultados por ellos. En un mundo donde la belleza y la juventud son las herramientas de base para el triunfo económico y acaso la supervivencia, los adultos,



los viejos, deberemos convertirnos en observadores cotidianos, atentos y afanosos de comprender las urgencias, las complejidades, esa realidad ajena, extraña pero apasionante: el territorio de la generación que llega.

En este presente en el que no hay metas compartidas entre generaciones y en el que prevalecen como ejes dominantes la visibilidad y el poder, intento explorar, más bien como un aguafiestas que como un investigador, más parecido al viejo cascarrabias que soy que a un animador, la razón de ser y la necesidad de la educación, ya no pensada como la transferencia de valores de una generación a otra sino como un continuo desentrañar el enigma de si educar hoy consiste en formar, informar o formatear a aquellos niños y jóvenes de los cuales somos responsables.

Es importante tomar conciencia de que el proceso educativo no tiene fin porque es una continuidad de *aprenderes* y *desaprenderes*, de ubicaciones y desubicaciones, de conciertos y desconciertos. Nosotros, los educadores, debemos ir buscando y ayudando a encontrar ese sitio desde donde se puede ver con más claridad: debemos ser testigos y facilitadores. Ya no somos los que damos soluciones y respuestas, sino que más bien acompañamos, con la sola intención de ayudar a reducir la incertidumbre y evitar fracturas entre nosotros.

¿La educación sirve para conseguir un trabajo? Muchas veces les hemos dicho a nuestros adolescentes que para eso los prepara la escuela. Pero la respuesta elude definir para qué les sirve la educación aquí y ahora.

Esto nos obliga a preguntarnos: ¿el objetivo de la educación es preparar a los niños y jóvenes para el trabajo? Es posible, pero... ¿educar para qué trabajo? ¿Para diseñar un edificio? ¿Para curar a quienes construyeron sus paredes? ¿Para pintar sus puertas y ventanas? ¿Para limpiar sus letrinas y sus cloacas? ¿O para recoger sus desperdicios?... Porque no todos los trabajos son producto de los mismos intereses, de las mismas necesidades o de las distintas instituciones constituyentes de un proyecto de país. Y porque no toda la educación es la misma ya que todo proyecto educativo es producto de una política y fruto de una ideología. Pareciera ser que se educa con el único objetivo de generar una complementariedad social: asesinos y abogados, drogadictos y psicólogos, cadáveres y forenses, ladrones y policías, dueñas de casa y empleadas domésticas.

En realidad, este relato de la modernidad que son las instituciones —la familia, el Estado, la iglesia, la escuela, los partidos políticos, los



clubes— se inscribe en el protocolo de las promesas incumplidas. La felicidad, más allá del estado ideal e irreal que nos relatan las historias de Hollywood, es un camino a transitar con otros.

Aquel mítico discurso que establece que ‘con esfuerzo y sacrificio uno se garantiza un futuro mejor’ ha quedado descalificado por los medios que continúan mostrando el repentismo y la eficacia de la fama vacía de historia y de contenido. Aunque a la vez colocan a todos en el mismo nivel de paridad al momento del inicio de esa competencia por la vida: ya no ‘existe’ estudiar para ser algo en la vida o la idea de que el trabajo dignifica.

La pasión, la alegría, las ganas, la aceptación de lo propio como parte de lo ajeno, el cuidado de lo ajeno como parte de lo propio son conceptos fundantes de un camino de felicidad. A través de este podremos transitar la tragedia, el anonimato, la fama y la abundancia.

En su libro *Las certezas perdidas. Padres y maestros ante los desafíos del presente*, Juan Vasen nos ilustra cuando define a “la infancia moderna como una puerta abierta al porvenir, que el Estado debía avallar (...), la promesa de lo que vendría dotaba de sentido al recorrido y a la demora”. Hoy, debilitada la promesa o incumplida, generando por tanto decepción y rencor, solo queda la impaciencia, rasgo constitutivo no solo de las nuevas generaciones sino ya de la sociedad toda.

La opinión generalizada

En esta época que exige y necesita rapidez y urgencia, la consistencia se debilita y pierde jerarquía. De manera que al ritmo que vamos es más eficaz la opinión que el argumento. Y la opinión es el reino del engañoso sentido común. La opinión desorganiza, anula e impide todo pensamiento creador y creativo. Los medios masivos establecen una paridad poco ética entre la opinión de un especialista en cirugía cerebro vascular y los comentarios de la viejita del 3ro. B. Nos hemos convertido en personas capaces de discutirle al oncólogo un tratamiento efectivo contra el cáncer porque lo hemos leído en internet. La opinión es el principal enemigo del aprendizaje. Pero es democrática, claro. Y la opinión generalizada, aceptada por el sentido común, es que el trabajo es la base de la fortuna.



Este concepto, fuertemente arraigado desde finales del siglo XIX, marcaba claramente el límite entre aquellos que se preparaban para dirigir y aquellos a quienes se los entrenaba para ser dirigidos. Sin embargo, el objetivo ahora es justamente el contrario: el deseo de adquirir ciertas competencias que le permitan mantenerse al margen del mundo del trabajo.

Santiago Alba Rico, en *Elogio del aburrimiento*, sostiene: “Hay dos formas de impedir pensar a un ser humano: una obligarlo a trabajar sin descanso; la otra, obligarlo a divertirse sin interrupción. Hace falta, por lo tanto; estar muy aburrido para ponerse a leer, hace falta estar aburridísimo para ponerse a pensar”.

Esto significa que hay dos trampas en las que caemos los habitantes del mundo actual:

1. La obligación de trabajar sin descanso, convirtiendo el trabajo en la misión de nuestra vida a través de la cual creemos alcanzar la tan ansiada felicidad.
2. El convencimiento de que la diversión sin interrupción es la manera de escapar a esa presión del trabajo sin descanso, como camino para alcanzar la tan ansiada felicidad.

¿Descansamos de trabajar o para trabajar?

Es desafiante avanzar sobre este dilema mental: ¿descansamos el fin de semana para estar bien para el trabajo o esperamos el viernes a la noche para descansar del peso de la semana? No es un juego de palabras. Es una propuesta para descubrir y distinguir cómo funciona la subjetividad de cada uno y especialmente la de cada generación. Todos sabemos que hay que trabajar. Todos sabemos que cuando descansamos, descansamos del trabajo.

¿Estudiar para trabajar? ¿Para poder divertirse? ¿Para dejar de trabajar a los 65 años?

Los jóvenes de hoy no hacen de sus vidas un templo del trabajo ni se preocupan por permanecer en un puesto para conservar la seguridad sencillamente porque tienen absolutamente claro que si hay algo que no existe, que es una ilusión perversa, es la seguridad y el futuro



asegurado a través del trabajo. Por lo tanto, instituciones con estrategias conservadoras como la escuela, por ejemplo, devienen obsoletas e insignificantes ante la avalancha de incertidumbre. Sin embargo, el falso ofrecimiento de certezas que propone la publicidad y la política con sus promesas, siempre incumplidas, ofrece al individuo una plácida sensación de poder, de creer que aún se está en condiciones de decidir libremente.

Gladys Leoz, en su artículo “Habitar las instituciones en tiempos de fluidez: El vintage educativo”, sostiene que “la clase como formato pedagógico desarrollado en un espacio físico determinado, en que los estudiantes sentados en un orden establecido escuchan a un docente (propio de la sociedad disciplinar) convive con la oferta de plataformas educativas virtuales que proponen un encuentro —superador del cara a cara— a desarrollarse en un espacio diferente y fluido. Así mismo esta virtualidad que da cuenta de un tiempo atemporal convive con los 40 minutos lineales en que la clase tipo transcurre”.

La escuela como guardería de niños para que los padres puedan trabajar

Me consta la gran preocupación que las familias sienten cuando se acercan las vacaciones y son ellas quienes deben hacerse cargo de los niños. Me consta que muchas familias no saben qué hacer con sus hijos en periodos en los que la escuela se encuentra en receso, porque los docentes son trabajadores que deben reponerse de tan extraña tarea. Durante esos períodos clubes, sindicatos y otras instituciones planifican actividades para que los adultos puedan continuar con sus vidas habituales sin mayores complicaciones.

Comienza entonces la procesión de buscar actividades para mantener a los niños entretenidos para que no se quejen, para que no molesten, y también se busca la ayuda de los abuelos. Todo esto con la intención de sostener el mito de que el centro de la vida de las personas es el trabajo. Y parece una trampa, ¿no? Porque si no trabajamos, ¿cómo hacemos para mantener a nuestros hijos?

Pero como sucede en general, este aparente dilema tampoco es binario o de pensamiento único. Fuimos maleducados por la escuela



tradicional y por nuestras familias haciéndonos creer que la escuela es el trabajo de los niños y que se va a la escuela para prepararse para el mundo del trabajo. Cumplimiento de horario. Prolijidad. Obediencia. Buena conducta. Seriedad. Incluso se intenta cultivar y desarrollar la creatividad porque es buena para cualquier proyecto laboral. De esta manera se va imponiendo la idea de que lo que logramos ser o no ser en la escuela es lo que seremos en la vida. Que seremos apreciados y queridos si somos mejores alumnos. Siempre con esa impronta falsa de que la vida es siempre después. Y mientras tanto no nos percatamos de que el niño de hoy no es promesa de futuro sino presente en acto.

El primero de la clase

Fuimos forjados y formateados a partir de ideas como la que presentaba el libro de lectura para segundo grado (hoy tercero) *Agüita fresca*, publicado en 1957, de María T. López. Allí podemos leer: “¡Despacio! ¡Despacio! No pases mis hojas tan aprisa. Fíjate bien en lo que digo. Olvida tus juegos y préstame atención. ¿No ves qué contento me pongo cuando tus ojitos de niño bueno se posan sobre mí? Llámame amigo porque lo soy. Sí, soy un amigo sincero, pues en todo momento estoy dispuesto a acompañarte, a suavizar tus penas, a enjugar tus lágrimas y a hacer más llevaderas las horas que pasas sin jugar”.

Las ideas fuerza que se desprenden de esta lectura son:

- a. ¡Alto! No a tu ritmo sino al mío.
- b. Atención a lo que voy a decirte (yo, el libro).
- c. ¡Esto es serio, no es momento de jugar!
- d. ¡Sólo un niño bueno lee (me lee)!
- e. ¡Tu amigo sincero es un libro!
- f. ¡Voy a confortarte por esta tu amargura de tener que dejar de jugar para leer!

Más adelante en el mismo libro conocemos la historia de Andresito: “Llueve mucho y la calle está llena de charcos. Como todavía es muy temprano, Andresito se entretiene en su diversión favorita: se mete en



todos los charcos que encuentra, y como le gusta hacer equilibrio por el borde de la acera, se cae al agua de vez en cuando.

”En la escuela Andresito, que no ha podido cambiarse los zapatos, tiene los pies fríos y húmedos durante toda la tarde. Y al volver a su casa siente un fuerte dolor de cabeza y frío en todo el cuerpo. Al otro día está resfriado y tiene que quedarse en su casa, con fiebre. ¡Lástima!, porque siendo tan estudioso y buen niño podría ser el primero de la clase, si no tuviera que faltar tantas veces a consecuencia de sus travesuras”.

¿¡“Buen niño”!>? ¿¡“Primero de su clase”!>? ¿¡“Travesuras”!>? Si más arriba dice que es su diversión favorita, ¿cómo puede considerarse una travesura? La cuestión era machacar acerca de la responsabilidad del cuidado de la vida personal, incluso de la represión del disfrute para estar bien para ir a la escuela (es decir, al trabajo).

Analizando la mísera vida de Andresito, y extrapolando las intenciones de la escuela a nuestro presente, podríamos proponer un nuevo eufemismo, individuo en situación de escuela, para nombrar al alumno que sufre las consecuencias de una institución que no lo entiende, no lo contiene, y que desde su autismo fomenta una conducta egocéntrica y narcisista. El alumno en situación de escuela se encuentra desprotegido ante el enorme repertorio cultural que debe incorporar a su bagaje, ya de por sí escuálido debido a la anomia familiar y a la cultura fragmentada del zapping mediático que han configurado su subjetividad. Formados uno detrás de otro, en bancos amontonados dentro de habitaciones clasificadas, con láminas amarillentas, los alumnos reaccionan condicionadamente al timbre o a la campana, mientras en la casa usan la web con la habilidad del experto.

Aprender a desaprender

Desaprender es una manera de aprender pero no es lo contrario. Desaprender implica desmalezar muchísimo tiempo de estudio formal que ha forjado nuestra subjetividad y que modela nuestra manera de explicarnos la realidad.

Pero gran parte de esa información pretende leer la realidad desde lógicas y aprendizajes perimidos y desactualizados, por lo que



arribamos a conclusiones que no son adecuadas y generan entonces más incertidumbre.

Según Eduardo Punset: “Casi nada de lo que nos enseñaron sirve para algo” y Emil Cioran afirma: “Todo lo que se enseña no vale la pena ser aprendido”. Son ideas que me ayudan a pensar, aunque no sean verdades totales. Por eso agrego que la mayoría de las cosas que aprendimos por nuestra cuenta eran las que necesitábamos, desde respirar hasta mentir.

De manera que desaprender consiste en un trabajo autoevaluativo de criba de todo el bagaje de aprendizajes para detectar los saberes que ya no son pertinentes, los anacrónicos u obsoletos, y poder así descartarlos. Aprendizajes que en su momento pueden haber sido de utilidad, pero que hoy ya no lo son, por lo que debemos aprender a no usarlos, a dejarlos de lado. Se trata de un trabajo personal de resistencia a esos saberes, a esos recetarios mentales e intelectuales que nos dieron resultado, y quizá les dieron resultado a nuestros padres, pero que ya no son aplicables a la realidad vigente. La mayoría de esos aprendizajes pretéritos son una acumulación de trastos inútiles que interrumpen la posibilidad de efectuar lecturas adecuadas de la realidad. Por ejemplo, la idea de que hay que llegar a adulto para saber, o hay que cerrar la boca ante las verdades de los mayores, o que el matrimonio verdadero es el compuesto por un hombre y una mujer y que dura para toda la vida... son conceptos que se encuentran desactualizados. Aquella verdad indubitable de que uno se educa para vivir en sociedad, es decir, a partir del conocimiento y respeto de las leyes, requiere ser actualizada: solo una comunidad, es decir, una estructura de vínculos afectivos y no necesariamente de leyes civiles, puede cambiar la vida de las personas.

Este proceso que propongo ahora es el de aprender el desaprendizaje, aprender a desaprender y a enseñar a desaprender. No es tan sencillo, y no siempre depende de la voluntad.

Casi todo lo aprendido ha sido un proceso de construcción de la subjetividad. La subjetividad, según la define Ana Quiroga, es “lo vivido, lo aprendido, el marco de referencia y de experiencia desde el cual interpreto el presente, pero el presente, la nueva información se nos impone por su diferencia (...) si no podemos reconocer la diferencia (...) nuestra respuesta será repetitiva, estereotipada, sin aprendizaje”.

La escuela y la familia suelen dar una concepción rutinaria del aprendizaje: la idea de que todo debe hacerse siempre de una misma



manera. Y esta lógica ofrece un marco de seguridad: un camino conocido. Aprender a desaprender es profundizar nuevos caminos no recorridos que nos obligan a experimentar procedimientos, formas, itinerarios o dispositivos que nunca hubiéramos recorrido.

El protocolo de este desaprender reside en maleducarse. Debemos convertir nuestras cabezas en la de los jóvenes y adultos maleducados que lidian con esos adultos muy educados que se encuentran instalados cómodamente en nuestra subjetividad.

Decir que como padres no vamos a cometer los mismos errores que nuestros padres no es desaprender, ya que es creer que uno solo va a recorrer los caminos que nuestros padres no hayan recorrido... Desaprender es estar abierto a recorrer todos los caminos.

Desaprender es volver a pensar las reglas. Una anécdota personal ilustra muy bien esta idea: mis tres hijas mayores solían hacerle las tareas de la escuela a su hermano menor. Muchas veces ni nos enterábamos. Lo hacían a pesar de la regla impuesta por sus padres de que cada uno debía hacer su propio esfuerzo aunque se equivoque. Pero a ellas no les importaba una regla estúpida que implicaba dejar a su hermano librado a la buena suerte de sus docentes. Y, por lo tanto, actuaban según sus ganas, su conciencia de niñas y adolescentes. Su hermano menor superó la etapa escolar y hoy es profesor. Es decir, no pasó nada, solo que tiene y tuvo una relación extraordinaria con sus hermanas.

Es necesario que desaprendamos la idea de que, como padres, es necesario saber todo lo que hacen y piensan nuestros hijos. No pasa por allí el nuevo rol parental. Sino por la estructuración de conductas que generen confianza en los hijos, de tal manera de hacernos necesarios para ellos, aunque no nos cuenten nada. Es una construcción y como toda construcción su principal componente es el tiempo. Durante ese tiempo aparecerán temores, angustias, incertidumbres, alegrías, ilusiones... Y no necesariamente el resultado va a coincidir con los deseos del adulto. Por lo que la experiencia que hay que transitar para que la confianza sea verdadera es la de abandonar juicios y prejuicios. La confianza ofrece un marco de seguridad centrado en la idea de que es posible equivocarse sin consecuencias nefastas. Para ello es necesario que el individuo no se sienta permanentemente evaluado y catalogado.

Los maleducados necesarios son quienes se han animado a desaprender y a enseñar a desaprender. Y más aún: enseñar a aprender a



desaprender. En contra de los prejuicios, del *establishment*, de los hechos consumados, de las verdades inamovibles, de los dogmas y de la historia. Maleducados capaces de discutir sus principios y sus ideales con quienes detentan el poder y la autoridad. Capaces de confrontar con los profesores, los jefes, la policía y los políticos. Ser un maleducado dispuesto a discutir nuestras prácticas con los padres y con los alumnos, sabiendo que son prácticas públicas y no reservadas a la caja negra de un aula antediluviana. Maleducados que desatiendan las normas oficiales y abran las clases diarias a cualquiera que quiera asistir, abuelos y abuelas, tíos y tías, progenitores.

Padres que puedan decir no ante un capricho. Abuelas que puedan callar ante la discrecionalidad de sus hijos con sus nietos. Matrimonios que prioricen el estar con sus hijos antes que los placeres personales. Los grandes maleducados que deseamos ser.

Las falsas verdades: no todos somos iguales

Desde hace tiempo circulan en las redes sociales algunos mensajes melancólicos sobre una supuesta idílica niñez. Recuerdan así lo bueno que era un chancletazo de las madres o un coscorrón de los padres o un sonoro soplamocos de algún abuelo o tío. En esos comentarios se hace alarde de que en aquella época no se recurría al psicólogo, porque esas “acciones educativas” de nuestros seres queridos alcanzaban para hacer de nosotros buenas personas. Y sugieren cuánto mejor serían los niños de hoy si los padres aplicaran medidas más duras para su educación.

Esos métodos no se tildaban de violentos en esa época, ya que la paliza de un padre a un hijo se encontraba naturalizada por la práctica y por la historia. Pero podemos recordar que en la Grecia histórica los padres tenían la potestad sobre sus hijos y podían matarlos sin que se considerara un asesinato.

Por otro lado, ¿cuántos de nosotros tenemos la conciencia totalmente limpia? No es infrecuente un tirón de orejas o de pelos. Un empujón, en fin, algo que les duela pero que no parezca violencia... un pellizco disimulado en el brazo. Esto pasa especialmente si estamos ante otras personas y el niño ya nos hartó. Pareciera ser algo natural. Sin embargo, es más de lo mismo: yo tengo el poder y te domino, hago



de vos lo que quiero. Incluso con palabras agresivas que tanto tardan en digerirse y decantarse. ¿Alguno de nosotros está libre de este pecado? Por otra parte, ¿para sostener públicamente la importancia de los principios morales en la sociedad hay que ser un modelo ejemplar de ciudadano y de persona?

También debemos tener en cuenta que cada civilización hilvana su propia cultura y sus normas, leyes y códigos. En España, donde está prohibido por ley cualquier tipo de violencia contra los niños, hay madres que han ido presas por violar esa ley. Existen comunidades originarias en distintos países en las que el incesto no es tabú sino que forma parte de su natural desenvolvimiento. Hay países del Medio Oriente, como Irán por ejemplo, donde la Ley del Talión es constitutiva del código penal. En 2009 leímos en los diarios el caso de una señora que denunció a su marido por haberle arrojado ácido en la cara dejándola ciega. Intervino el aparato judicial de ese país encontrando culpable al hombre y condenándolo a recibir una gota de ácido en cada ojo (ojo por ojo, diente por diente). Sin ir más lejos, los principios morales que sostenemos en nuestras familias son muchas veces radicalmente antagónicos con los de nuestros vecinos. Familias que jamás putean. Las que asisten a misa todos los domingos y las que lo hacen todos los días. Las que practican el nudismo. Las que fuman marihuana, cigarrillos comunes o consumen alcohol en exceso. Las que separan parte de sus ingresos para donar a organizaciones que se encargan de los más necesitados. Las que tienen sus puertas abiertas a todos los que quieran o necesiten. Gestos que van constituyendo la subjetividad de los más chicos que naturalizan prácticas que para otras familias pueden parecer una locura.

Lo impresionante y lo emergente

Tenemos que aprender a distinguir entre lo impresionante de lo urgente y lo emergente de lo importante. En una guardia de hospital podemos creer que ese sujeto que viene chorreando sangre debe ser atendido de urgencia. Sin embargo, vemos que el médico atiende a otro. En el aula puede pasar algo similar. Ante un niño gritando porque quiere ir con su madre, por ejemplo, el especialista en educación solo va a atender a



lo verdaderamente importante, sin dejarse manejar por esas emergencias eventuales. Es fundamental saber analizar las situaciones discriminando lo importante de lo impresionante, lo emergente de lo urgente. Los medios saben cómo hacer uso de lo impresionante. Se apunta a los consumidores de groserías, agresiones, transgresiones, gritos, descalificaciones, mercadería barata, todo muy impresionante pero de poca importancia para la vida.

Por eso decimos que educar es ayudar a otro a ubicarse en un lugar desde donde pueda ver. Y es necesario que los padres también puedan hacerlo. Es aquí donde la educación debería jugar un papel preponderante. ¿Cómo puede ser que para sacar un registro para manejar se deba hacer un curso y para ser padres no se deba hacer nada? Solo, y en algunos casos privilegiados, el curso prenatal para saber cómo parir mejor, sin dolor, en la calma de la bañera, con música de fondo, con caricias de futuro padre, como si bastara ese gesto para ya haber consumado toda la responsabilidad que hay que asumir.

Una de las funciones actuales de la escuela es la de informar a las familias acerca de lo que sus hijos hacen, y cuándo están dentro de la habitualidad y cuándo no. Esta información colabora con la calidad de padres que los adultos deben alcanzar. Estén separados, vueltos a casar, sean familias mixtas, gays o discapacitadas. Todas las familias son diferentes pero los niños, en general, atraviesan las mismas etapas en su proceso de aprendizaje y de desarrollo psicomotriz y emocional. Conocer estas etapas puede funcionar como una guía en medio de la incertidumbre.

Si un padre se encuentra desesperado por la cantidad de veces que, al año de vida, el niño toquetea todo, es necesario que sepa que su hijo se encuentra en una etapa en que está comenzando a reconocerse y afirmarse como persona, y que hay formas para acompañarlo sin frustrarlo ni ser condescendiente. En fin, los padres debemos aprender a serlo, no con la intención de ser perfectos, sino con el objetivo de ir aprendiendo a equivocarnos menos, sabiendo que jamás habrá armonía completa sino armonía en tensión. Es así como se aprende, por aproximaciones sucesivas, nunca del todo, nunca todo junto, nunca para siempre.

Hay una percepción general de que para ser feliz la gente tiene que hacer lo que siente. Pero en el mundo de hoy los sentimientos son bastante efímeros. Vamos circulando de sentimiento en sentimiento,



de sensación en sensación, vapuleados por la fábrica de necesidades que impone la publicidad. Sin embargo, la felicidad no reside en hacer lo que se siente. Toda decisión tomada solamente sobre esta variable suele ser fugaz. El enamoramiento es prueba suficiente de esta caducidad y renovación permanentes que se proponen desde la ley del consumo.

Tampoco se puede caer en una mecanicidad tóxica y hacer solo lo que se piensa. Por ese camino uno terminaría convirtiéndose en titiritero de uno mismo, pulsando los hilos de acuerdo a un guión preestablecido. Actuaríamos como si fuéramos máquinas previamente programadas con el único objetivo de ser eficientes, dejando de lado toda emoción.

Una perfecta síntesis entre sentir y pensar podría ser la idea de *hacer lo que se quiere*, porque, en definitiva, este es el cuestionamiento de fondo de nuestra propia existencia. La pregunta que marca el presente y orienta hacia adelante es: ¿qué quiero? Y es tremendo y trágico no formulársela nunca. No hacer lo que se siente. No hacer lo que se piensa. Hacer lo que se quiere hacer.

En esta hermosa pasión por la educación siempre me dije: no te preocupes por lo que sentís, sino por lo que querés que el otro sienta. No es lo que necesitás, sino lo que necesita el otro. De allí la importancia de no pensar solos, sino pensar con otros.

Es preciso dar paso al amor verdadero. Porque el amor educa. Un amor que no es necesario enunciar ni promover con discursos, ni sostener con aspavientos y grandilocuencia. No importa si se ama al niño, cómo se lo ama, cuánto se lo ama... lo fundamental es que a través de las acciones del educador (ya sea o no profesional) el otro se sienta querido. Esto en definitiva es amor pedagógico.

¿En qué se distinguen estos gestos pedagógicos de la hipocresía? ¿Qué nos diferencia como educadores de las conductas hipócritas de los manipuladores que nos sonríen, nos palmean la espalda, nos dicen a todo que sí? ¿Qué distingue estas acciones pedagógicas de la hipocresía del mercado? Generalmente, todos estos gestos se ponen en marcha solo por el bien del otro y aun a costa del sacrificio del educador. Entonces, tranquilos, estamos en el buen camino. Y lejos de la hipocresía.

Es cierto. Ser educador, verdadero educador, no es fácil. Al contrario, es tremendamente ingrata esta tarea en la que con frecuencia no encontramos reciprocidad y estamos siempre expuestos a ser juzgados.



Los maestros solemos estar atentos a la vida de cada uno de nuestros alumnos, sabiendo que cada niño tiene una historia y cada historia es la historia de su deseo (y que cada hombre tiene la edad de su deseo). No tenemos la obligación de amar a todos los niños. Pero es indispensable que ellos sientan que no los despreciamos con nuestros actos. Es fundamental hacerlos sentir queridos, entusiasmándolos, apoyándolos, acompañándolos, riendo y llorando con ellos, mirándolos, insistiéndoles en que asuman riesgos porque les va a ir bien, aunque les vaya mal, solo porque se lanzaron, porque se atrevieron, jugando y estudiando con ellos, diciéndoles vos podés (es el único mensaje útil de Hollywood: ¡tú puedes!), yo te ayudo, avancemos juntos, siempre se puede recomenzar. Hacerles sentir nuestra presencia y apoyo, aunque después hagan lo que quieran... Porque tienen derecho a ello. Sabiendo, sí, que se van a equivocar y que ese es el itinerario formal y forzoso que hay que seguir para ser nuevos, distintos, creativos. Respetando lo que elaboraron, lo que planificaron y se largaron a concretar. Aunque cambien de idea o de plan o de compañías. Acompañarlos y decirles: aquí estoy, no acuerdo con tus criterios pero aquí estoy, para ayudarte a que te posiciones en distintos sitios y puedas, desde esa variedad de enfoques, ver el mundo con sus distintos perfiles. Para que vayan construyendo con libertad, con descaro y con valentía sus propias vidas. ¡Para ir maleducándolos a esos maleducados!

Por esto, si estamos atentos a la vida de los niños y los jóvenes, si se los escucha atentamente cuando se acercan a hablar con nosotros, si somos pacientes y no invadimos sus espacios reservados, si nos mordemos la lengua antes de andar inmiscuyéndonos en sus asuntos cuando ellos no lo quieren, si los docentes nos capacitamos, preparamos nuestras clases, trabajamos en equipo y hacemos que los más chicos vean cómo son nuestros vínculos con los otros adultos, si no agredimos ni gritamos, ni nos violentamos... Si nos relajamos en la relación con los otros sin pretender nada más que generar un vínculo entre personas, si estamos siempre dispuestos y disponibles para cuando ellos nos necesitan, Si hacemos tiempo para estar a su lado y ese tiempo es de calidad y si también se puede de cantidad... ¿Qué importa, entonces, si los amamos? ¿Qué importancia tiene si sentimos o no sentimos? Porque la cuestión no es si hay que amar a quien pretendemos educar, sino poder ir definiendo claramente cómo hacerlo. No hace falta que los amemos



con ese amor que se cree dueño del otro, simplemente porque exige reciprocidad en lugar de generarla.

En definitiva, todas estas acciones son constitutivas de un amor, pero debemos descargarnos de la pesada carga histórica del indispensable “amor al niño” para educarlo. Una exigencia dirigida a los sentimientos de los educadores que solo fabrica culpa, porque, claro, es imposible obligar a sentir por determinación curricular. No. No estamos obligados a ello. Porque esa idea de amor es otra producción de Hollywood. Sin embargo, sí estamos convocados, todos los adultos, a dar cumplimiento a los gestos necesarios para construir en el otro la sensación de que alguien está atento a él.

Pero: ¿se puede amar sin sentir? O en todo caso: ¿se puede actuar de una manera sintiendo que se tendría que actuar de otra? Muchas veces debemos dejar el sentir de lado para tomar las decisiones correctas que son en definitiva la manera en que uno ama a los hijos. Propios y ajenos.

Uno quiere, necesita, exige, pide, implora que el docente quiera a nuestro hijo como lo quiere uno, pero esto es imposible. Es una quimera. Un sueño. ¿Es posible para un padre amar a los compañeros y amigos de su hijo como ama a su propio hijo? Es pedagógico para nuestros hijos que tratemos a sus amigos como si fueran nuestros hijos, con cariño, cercanía y confianza, haciéndolos sentir queridos a través de gestos concretos e inconfundibles.

Los falsos modelos: Finlandia es Finlandia

Carlitos tienen serios problemas para cumplir con las tareas de la escuela y dificultades para aprender, dicen sus maestros y profesores. Molesta a sus compañeros y no se adapta a las normas institucionales, dice la escuela. Porque el verdadero problema de Carlitos es su propia vida y está aprendiendo a lidiar con ella.

Muchas veces tendemos a pensar que si la mamá de Carlitos no fuese una prostituta y el padre no estuviera preso, Carlitos sería un niño maravilloso. Pero no es posible extrapolar la vida de otros a la de Carlitos imaginando que así sería mejor. Primero, porque con esa lógica lo único que hacemos es bajar la guardia y decirnos a nosotros mismos: cuanto más fácil nos sería resolver los problemas escolares de Carlitos y especialmente



nuestras dificultades profesionales. Si mi abuelita tuviera ruedas, no sería mi abuelita, sería un auto, dice la sabiduría popular.

No es posible pensar en lo inviable, o sea, pretender cambiar la realidad desconociendo lo factible. Un diagnóstico no se configura a partir de lo que podría haber sido, sino de una mirada lo más cercana a la objetividad de lo que ocurre aquí y ahora. Pensar que Carlitos pudiera tener padres presentes, que lo acompañen, una casa que lo cobije, un servicio médico que lo cuide, una cena y un almuerzo diarios, ropa, vacaciones en el mar, con el objeto de que todo ello sea el marco de contención para que sea mejor alumno, apunta en la misma dirección de ir a la escuela con el objetivo de llegar a ser un buen trabajador, cumplidor, honesto, honorable, eficiente y obediente. No es posible aplicar la vida de unos como solución a la vida de otros.

Finlandia es Finlandia y nosotros somos nosotros.

El diario *on line Libertad Digital* ha publicado un artículo en el que enumeran las características de la educación en Finlandia que echan por tierra varios mitos:

1. Los niños finlandeses comienzan su educación escolar a los siete años. Aprenden a leer generalmente a esa edad. Las asignaturas instrumentales tienen más peso en el ciclo inicial y luego tienen más espacio las asignaturas como lenguas. Resumiendo: se empieza con educación física, finés y matemáticas; y luego se continúa con ciencia, historia y lenguas extranjeras. Está demostrado, entre otros por los informes PISA (Programa Internacional para la Evaluación de Estudiantes) que, a pesar de empezar un año más tarde, el nivel es superior al de prácticamente todos los países de la Unión Europea.
2. Durante la primaria, los niños no tienen muchos deberes para el hogar, lo que les permite realizar otras actividades.
3. A pesar de iniciar el aprendizaje del idioma “tarde” (empiezan a los nueve años), a los dieciocho los finlandeses suelen tener un nivel de inglés muy superior.
4. Para conseguir estos niveles de educación no pasan muchas más horas en el colegio. Al contrario.
5. La metodología de estudio hace hincapié en la discusión y en la reflexión. No en la memorización.



6. Hay mayor autonomía sobre los programas de estudio, lo que permite que la educación se centre en las necesidades de los alumnos.
7. Cada persona es buena en lo suyo y por ello cada uno dirige su formación donde puede ser mejor. En Finlandia no existe la idea de que todos tienen que ir a la universidad. Cada uno hace lo que mejor se le da.

En fin, queda claro que todos quisiéramos ser Finlandia. O mejor aún, Shanghái o Singapur, que figuran en el primero y el segundo puestos de las pruebas PISA, mientras nosotros estamos en el puesto 59.

En las escuelas de Japón se mantiene desde siempre la tradición *o-soji* que tiene raíces budistas. En la mayoría de los colegios, los estudiantes tienen que limpiar como parte de su rutina escolar. La obligación hace que los niños entiendan la importancia de limpiar lo que está sucio. En las escuelas japonesas **no existen cafeterías o comedores. Los estudiantes comen en la misma aula y son ellos mismos los que organizan todo y sirven a sus colegas.** Y, tras la merienda, es hora de limpiar la escuela. Para esto, los alumnos se dividen en grupos, cada uno de los cuales es responsable de lavar lo que se utilizó durante la comida y de la limpieza del salón, los corredores, las escaleras y los baños, en un sistema rotativo coordinado por los profesores. Pero la creencia del *o-soji*, o la “gran limpieza”, va mucho más allá. A la limpieza diaria se les suma la gran limpieza del fin de año. La limpieza no solo ocurre en la escuela sino también en el hogar. La limpieza del *o-soji* es exhaustiva y cubre especialmente los rincones que se han ido dejando de lado durante el repaso periódico para comenzar bien el año. También incluye pagar deudas y básicamente resolver todo lo pendiente antes de terminar el año. En Japón limpiar la escuela, la casa, el negocio o la oficina tiene un importante simbolismo: es como limpiar el alma. Con la limpieza es como si se limpiase el interior de sí mismos. La idea es empezar el año nuevo desde cero, purificados, limpios física y espiritualmente.

Como se ve Finlandia es Finlandia, Japón es Japón y nosotros somos nosotros. Sabiendo lo que sabemos y lo que es peor aún, ignorando muchas veces lo que ignoramos. Pero solo seremos nosotros evitando ir en la búsqueda quimérica de modelos ejemplares



con los que creemos que daremos solución a los problemas que se nos presentan. Y tampoco debemos creer que los niños y los jóvenes deben aprender siempre de nosotros: hay soluciones que le funcionan a uno —al menos relativamente—, como le funcionan a Finlandia o a Japón sus costumbres.

La tolerancia de la libertad

El único camino como educadores es permanecer cerca de los niños y los jóvenes, presentes pero no invasivos, apoyando pero dejando decidir. Y contándoles, cuando se pueda y como se pueda, lo que como adultos sentimos ante ellos, por ellos y gracias a ellos. No interrumpir la vida de los demás con nuestra propia vida sino asomarnos humildemente a la vida del otro con el mayor respeto y unción.

Hoy no es exacto sostener que los derechos de uno terminan donde comienzan los derechos de los demás. En una sociedad plural, los derechos y los deberes se superponen, se entremezclan, se diversifican constantemente. Es necesario pensar recursos adecuados para que la defensa de los propios derechos involucre a todos, hasta llegar a la plena toma de conciencia de que los derechos de todos es responsabilidad de todos, aunque no coincidamos con ellos. Aun siendo nuestros adversarios en un debate de ideas.

Michel Onfray, en su libro *Filosofar como un perro*, presenta una idea que es útil para reflexionar acerca de la libertad y la honestidad intelectual. Citando a Voltaire, quien habría dicho ‘no estoy de acuerdo con lo que dices, pero pelearía toda mi vida para que puedas decirlo’, defiende el uso pleno e íntegro de la libertad, incluso para usarla mal, “porque es en la tolerancia del mal uso de la libertad que uno puede medir su grado de existencia y su alcance”. ¿Tenemos la honestidad y la valentía para aceptar vivir a partir de preceptos de estas características sin quebrar los vínculos y generando lazos estrechos?

Pero claro, esta incertidumbre que hoy transitamos, que transforma en difuso nuestro rol como adultos, hace que casi siempre evitemos ese contacto profundo, esa revelación personal verdadera, porque ese compromiso vital con el otro, especialmente cuando se establece el acto pedagógico, en principio hiere y deja cicatrices que la mayoría de las

veces paralizan nuestros actos en lugar de empujarnos a nuevos gestos. O quizá sea que porque evitamos el contacto es porque se hace difuso el rol y por lo tanto caemos en la incertidumbre que también hiere y deja cicatrices paralizándonos. O ambas cuestiones al mismo tiempo.

Algo tiene que pasar entre ambas generaciones en los ámbitos educativos, y estos son todos los lugares donde los actores de una sociedad interactúan. Es decir, la escuela, la cena en la casa, el viaje con extraños, la fila de la verdulería, caminando por la calle, la playa, la cancha de fútbol. Cada sitio es un lugar privilegiado para que los adultos en su rol de educadores asuman su condición de tal, pero ya no con la intención de considerarnos los catedráticos que creemos ser y que enseñan al resto del mundo cómo hay que vivir, dando clase de qué es lo que está bien y qué es lo que está mal. Nadie cree en el discurso ético de ningún adulto sino que lo que se observa es su modo de vivir. Y especialmente la correlación entre lo que decimos y hacemos. Y en esto siempre hacemos agua. En este aspecto no me animo a poner la mano en el fuego ni siquiera por mí mismo.

Por eso hoy es fundamental pasar de nuestro soberbio y casi siempre hipócrita rol de modelos, en el que ni nosotros creemos, al más humilde y creíble papel de testigos. Testigos que daremos testimonio de nuestra vida con nuestra propia vida, desaprendiendo y aprendiendo. La tarea de los adultos (educadores) no es dar información a esta nueva generación, sino compartir con ellos lo que nos pasa, lo que sentimos ante esta incertidumbre y, fundamentalmente, lo que sentimos por ellos.

La licenciada Claudia Messing, especialista en el estudio de la adolescencia, lo explica de la siguiente manera: “La única herramienta con que contamos los adultos para llegar a ellos es la autenticidad de nuestros sentimientos y emociones, que deben ser expresadas a la vez con serenidad, firmeza, respeto y sin ningún tipo de desborde emocional (...) los chicos sólo van a responder cuando sientan una auténtica conexión emocional por parte de los adultos”. Si no se puede llegar a esa conexión, a ese contacto sincero, siempre se va a recurrir a enunciados vacíos de contenido relacional, del tipo de “soy su madre y sé lo que hago”. Y esta verdad popular no solamente es falsa sino que además sostiene una lógica perniciosa. En principio, Michael Levine diría: “Tener un hijo no lo convierte a uno en padre como tener un piano no lo hace a uno pianista”.



Este tipo de dispositivos mentales solo sirve para salir en defensa de la ignorancia y la inoperancia de padres que pueden ser abandonicos, violentos, indiferentes, abusivos o egocéntricos. Hay como una proporcionalidad inversa entre ser mejor padre dudando de ello y ser un desastre creyéndose el mejor.

La mayoría de las cuestiones de la vida de nuestros hijos se encuentran al margen de nuestro conocimiento. Sabemos aproximadamente cómo eran cuando eran más chicos y cómo reaccionan ahora ante algunas situaciones del ámbito doméstico. Pero no tenemos la menor idea de cómo actúan cuando están con sus compañeros o cuando están solos navegando en la web. No sabemos si nuestros hijos son excesivamente competitivos, si ponen cara de buenos y relatan adorables actos de caridad o si son impertinentes. No sabemos cómo reaccionan en ausencia nuestra frente a los disminuidos, los gordos, los negros, los judíos, los pobres. Y menos que menos lo que verdaderamente piensan y sienten al respecto. Generalmente no sabemos si han tenido sexo o no. Si no hacen diferencia de género para ello. No sabemos qué piensan de nosotros y cuáles son sus verdaderos sentimientos hacia nosotros. No sabemos cómo se mueven en las salidas con sus amigos, si rompen botellas, si orinan en las puertas de las casas, si patean bolsas de basura, si ayudan a la gente que vive en la calle, si se han quitado un abrigo para dárselo a otros, si llegan a casa con cosas que no son de ellos. Y lo más cínico de todo esto es que insistimos en decir: yo conozco a mi hijo, ¿cómo no lo voy a conocer? ¡No necesito que nadie me venga a decir cómo es! Ni siquiera la escuela.

Hasta que un día uno se entera, por caminos extraños, de la verdadera historia. Y se viene el mundo abajo. No porque fume marihuana o sea un violento incontrolable o un gay feliz. Sino porque uno descubre, de golpe, que ese que duerme en casa, saluda y habla con uno, tiene secretos. Es decir, tiene una vida que no es la que uno imaginó y planificó. Y lo que es peor: uno hizo el ridículo declamando públicamente delante de todo el mundo, haciendo gala de la soberbia de ser el mejor padre de todos, que entre uno y sus hijos nunca hubo necesidad de ocultar nada. ¡Entre mis hijos y yo no hay secretos! ¡Y cómo no los va a haber! ¡Claro que tienen secretos, y son su derecho, porque es su vida! Como cada uno de los padres tiene los suyos.



Es una falta de educación querer conocer todos los pormenores de la vida de nuestros hijos. Muchas veces queriendo sonsacarles información de forma coercitiva o a través de gestos de cariño interesados, solo logramos que elaboren mentiras cada vez más proliferas.

Nuestros hijos son personas únicas, irrepetibles, con sus propias vidas y tienen derecho a mantenerlas en privado, aun desde muy pequeños si así ellos lo quieren. Porque cuando son pequeños, nosotros los padres nos sentimos con el derecho de hurguetear entre sus cosas sin su permiso, sus cuadernos, sus ropas, sus anotaciones, su diario íntimo, sus juguetes. Y la justificación que exponemos es que son chicos. La privacidad de los menores es tan sagrada como la de cualquier persona. Hay que recordar que nuestros jóvenes están en la gozosa lucha sin cuartel, muchas veces dolorosa y a veces gloriosa, de aprender a vivir. Estemos a su lado en silencio, porque lo que verdaderamente importa es que la relación recorra unos caminos que mantengan el respeto y la cercanía necesarios para hacerlos sentir seguros. No somos sus competidores ni sus compinches. No somos ni los maestros ni los confidentes. Ni la pareja ni el enemigo. Somos los padres. Y no hay modelo que pueda ser aplicado como receta universal.

La versión del niño es otra versión. No es mentira. Es una de las muchas maneras posibles de ver una situación. Pero los adultos no lo vemos así. Y la escuela le dice entonces al niño que falta a la verdad. Y la familia le dice a la escuela que miente para defenderse. Los niños necesitan más abrazos y menos expectativas. Menos cosas y más vínculos.

Descreo de esa idea tan difundida de que la familia educa y la escuela instruye. Incluso el ex presidente de Uruguay, Pepe Mujica, sostuvo esta idea generalizada cuando declaró: “No le pidamos al docente que arregle los agujeros que hay en el hogar. En la casa se aprende a saludar, dar las gracias, ser limpio, ser honesto, ser puntual, ser correcto, hablar bien, respetar a los semejantes y a los no tan semejantes, ser solidario, comer con la boca cerrada, no robar, no mentir, cuidar la propiedad y la propiedad ajena, ser organizado. En la escuela se aprende matemática, lenguaje, ciencias, estudios sociales, inglés, geometría y se refuerzan los valores que los padres y las madres han inculcado a sus hijos”. Eso podría haber sido antes, hoy la realidad nos indica a quienes trabajamos en las escuelas que no es así. Que nuestra tarea es ímproba justamente porque debe abarcar la integralidad del alumno.



Cito al Dr. Jorge Eduardo Noro: “La cantidad de educación que queda fuera de la escuela constituye un factor cada vez más importante en la producción y en el crecimiento de la desigualdad. Hoy la escuela atiende el 25% de la educación. Es decir que hay un 75% que requiere otra educación, que no lo puede brindar la escuela, y que depende del ámbito, del contexto en que cada uno vive y se desarrolla. Es decir que una parte fundamental de la vida no está alcanzada por la escuela y lo que la escuela —funcionando bien— pueda hacer siempre es limitado. Hay una vida pública ocupada de la ciudadanía, la vida laboral, la vida social (ciudadano, trabajador, consumidor, usuario) y un porcentaje importante de vida privada. La escuela no se ocupa de toda la vida pública y casi no se hace cargo de la vida privada, lugar en el que se juegan las mayores desigualdades. Que todos los alumnos sean iguales en la escuela (si lo fueran) no resuelve el problema, porque al salir de ella, los alumnos siguen siendo notoriamente desiguales”. Por ello es que o nos hacemos cargo como adultos en todos lados y en cada momento de la educación de las generaciones que vienen, o nos espera irremediablemente un futuro nefasto. Y para hacerlo debemos ponernos a pensar. Y hoy pensar es pensar con otros.

Los falsos modales: malas palabras

Muchas veces tenemos la percepción de que solo el bien educado puede impartir buena educación y que los maleducados aparecen por generación espontánea. O creemos que son consecuencia de familias disfuncionales, de padres desordenados o indisciplinados, o directamente de delincuentes o drogadictos. Pero se juzga la mala educación a partir de las formas externas, los gestos, las actitudes e incluso los estilos de vestir. Todos juicios previos al vínculo.

Sin embargo, está en cuestión el concepto de persona educada y en todo caso la pertinencia y legitimidad ética de este concepto. Quiero decir: ¿éramos educados en la escuela tradicional con fórmulas de cortesía y buenos modales que hoy aparecen como anacrónicos y a veces hasta ridículos? La escuela tradicional garantizaba que los buenos modales, la buena educación, eran el reaseguro de una futura vida exitosa y feliz. Hoy, sin embargo, expresarse en te-

levisión con palabras de uso vedado en la escuela no está mal visto e incluso causa gracia y entretiene.

El fútbol es un escenario interesante para analizar estas cuestiones relacionadas con la ética, la moral y las buenas costumbres. Al padre del niño que va al club del barrio le interesa el futuro de su hijo, más que su presente. En esas competencias de barrio se puede ver a padres y madres insultar, agredir, desesperarse en la creencia de que esa es una de las formas de la pater/maternidad responsable. ¿Será ese el modelo de quien el pequeño va a aprender insultos, gritos, groserías, violencia verbal y física, con el único objetivo de festejar los goles convertidos, a cualquier costo, y salir de ese partido, orgulloso y seguro del futuro que le espera a su hijo? Y me voy por las ramas: a la larga a ese chico se le acercará más adelante una vedetonga de turno, que mostrando sus atributos reales o implantados lo manipulará, y él se dejará manipular porque también le conviene y le interesa. Tendrán hijos y finalmente se terminarán insultando a través de las redes sociales mientras que los padres de ambos, los abuelos felices, comentarán con orgullo en el barrio: yo soy el padre de fulana, yo soy la madre de mengano...

El lenguaje, especialmente el artístico, no es censurable, no hay buenas ni malas palabras en un poema de Charles Bukowski. Y podemos inclusive no entender un verso de Góngora aunque en él no aparezca ninguna mala palabra. No tenemos autoridad para censurar a nuestro hijo si se martilla un dedo y grita: “¡Mierda!”. Porque en realidad no estamos corrigiendo su lenguaje, sino que no estamos entendiendo lo que verdaderamente le ocurre.

¿Cuál es el lenguaje que hay que usar? ¿El lenguaje oficial de la escuela? ¿El que se usa habitualmente en los medios de comunicación masiva? ¿El lenguaje utilizado por tantos mediáticos, especialmente cuando se salen de madre, bajo, burdo, reducido, escaso, y por lo tanto incapaz de abarcar cualquier descripción precisa de la realidad? ¿El lenguaje de la misa del domingo o de la sinagoga del sábado?

Existen hoy muchos tipos de relaciones definidas por las características del habla de las personas, aunque pareciera al revés. El tipo de lenguaje que elegimos para relacionarnos con los demás establece la calidad de vínculo que se construirá. En las relaciones de pareja, por ejemplo, siempre les insistí a mis hijos no usar lenguaje soez, vulgar,



insultante, ni siquiera en broma y aunque haya muchísima confianza. Estamos todos de acuerdo que “putear y carajear” en TV a las ocho de la noche con 18 puntos de *rating* produce dinero. Y la escuela no lo produce, lo gasta. Hablar con riqueza de vocabulario o por lo menos con respeto jerarquiza a quienes dialogan y construye solidez en el vínculo porque presupone un respeto decidido de antemano. Sin embargo, hoy se accede a la transgresión ilimitada en todo cuanto se hace y especialmente en cómo se dice lo que se dice.

Hay dos estrategias para callar a la gente, para mantenerla fuera: hablarle “en difícil” o abarcar temas sin contenido. Y para ello están los panelistas y los mediáticos con horas y horas tratando temas que esconden los verdaderos problemas, que de tanto que se los cubre ya ni sabemos cuáles son. Salvo el que los sufre: el que no tiene para comer, el que no tiene cómo curarse, el que no tiene una casa y vive en la calle. Pero bueno, si la mercancía tiene demanda, el mercado oferta. Y los espectadores que compramos todo ese circo somos cada uno de nosotros.

La escuela específicamente tiene una función heroica. Tantas veces estamos frente a realidades conflictivas, ante situaciones de agresiones verbales de adolescentes violentos, que en ocasiones nos viene esa necesidad imperiosa de mandarlos a la mierda, plantar todo y mandarnos a mudar. Sí, nosotros, los educadores. Claro está que cualquier anónimo docente que con ese anémico “mierda” expresó toda una vida de represión y desprotección se convertirá en menos que canta un gallo en titular de Crónica TV: “Docente arremete verbalmente contra pibe”. Y luego será el primer tema en todos los canales de los noticieros que transmitan el video grabado con un celular por un alumno que la semana anterior había cometido actos de vandalismo en la escuela, escenas que a su vez habían subido a la web. Ese maestro, profesor, cualquiera de nosotros, terminará con un sumario y la posible exoneración por impericia y en el mejor de los casos la jubilación por incapacidad. Pero, con suerte, ganará unos cuantos cientos de miles convirtiéndose en periodista especializado en TV puteando a diestra y siniestra cuando se le dé la gana adquiriendo progresivamente fama, poder y dinero.

Es un eufemismo hablar de malas palabras. No las hay. Muchas veces cuando le decimos por enésima vez a un alumnillo inquieto



“sentate, querido”, en realidad estamos diciendo “¡te tengo que ban-car, me tenés podrido, pero no te lo puedo decir, me la tengo que aguantar, maleducado de mierda!”. Con la misma lógica y con el mismo tonito con que se hablan dos cuñados, o una suegra y una nuera, etc., cuando uno cree que se dicen unas cosas y en realidad se está instilando veneno. Y es el mismo estilo de los juzgados y las legislaturas, cuando cada orador encabeza los diálogos con el eufemismo de “Doctor”, pero piensa para sus adentros “este poligrillo barato” o “este ladrón de cuarta”. En definitiva, esas son las malas palabras: las que dicen lo que no quieren que entiendas, las que confunden y están vacías de contenido, las palabras de mierda.

Exagero, pero es solamente con fines didácticos. Aun así sostengo que hay momentos y lugares y cada uno tiene sus reglas de juego. No es lo mismo que el médico le diagnostique “una complicación pulmonar seria” a que le diga a boca de jarro “querido, ¡usted está hecho mierda!”.

Pero más allá de las palabras, las intenciones de las palabras, y el lenguaje en general, existen unos, podríamos llamarlos, modales subliminales, que no son esos malos modales que criticamos en los demás en público pero que ejecutamos en privado, como meterse el dedo en la nariz, soltar una flatulencia sin que nos moleste nuestro olor, entre otros tantos. Modales subliminales que son diseminados a través de leyes, usos y costumbres de las distintas sociedades como construcción cultural que sin darnos cuenta van delimitando lo bueno de lo malo en la subjetividad de cada quien.

En este mismo año, 2016, en Carolina del Norte y Misisipi, dos de los Estados del país más desarrollado del mundo, los Estados Unidos, se han aprobado dos leyes en nombre de la libertad religiosa que restringen el acceso a baños públicos para los transexuales y niegan servicios a parejas gays. Y no solamente allí: en muchos lugares del planeta cualquier persona que no responda a los estándares de sexo masculino o femenino tiene dificultades para acceder al baño que quiera.

En Sudáfrica, un complejo comercial en la provincia sudafricana de Limpopo ha habilitado baños segregados para los negros. Los treinta comerciantes negros que alquilan un espacio en el inmueble deben usar un retrete diferente que el de los blancos y los mestizos. Han declarado



anónimamente que “los baños están siempre cerrados y antes de que podamos usarlos debemos pedir las llaves a la mujer blanca que administra el edificio”. Según otro comerciante, la mujer de la limpieza es la única persona negra que puede entrar al lavabo de los blancos, aunque no puede utilizarlo.

Estos modos de relacionarse con el otro reconociéndolo, pero reconociéndolo distinto y evidentemente perjudicial, no se remite solamente a cuestiones de género o color de piel o religión. Es frecuente observar estos prejuicios en los comentarios que circulan en los foros de opinión de la web. Allí quedan graficados estos modos de vínculo que expresan matrices de pensamiento definidas por estos modales subliminales y que generan grietas en las relaciones.

Uno termina naturalizando realidades como verdades a partir de conceptos instalados en nuestra subjetividad a fuerza de años de procedimientos de formateo con contenidos que ya son obsoletos y hasta perversos. La mirada y el pensamiento discriminatorio que los argentinos solemos tener sobre bolivianos o paraguayos no solamente es producto de la cadena de versiones racistas que aún hoy circulan aquí y en todas partes. En la semilla de nuestra nacionalidad ha habido discursos, textos, ideas que han marcado a fuego los itinerarios educativos a los cuales cada uno de nosotros ha estado y sigue estando expuesto. Vaya como muestra el siguiente botón: una carta privada de Domingo Faustino Sarmiento, padre del aula, a Bartolomé Mitre, padre del diario *La Nación*, de 1872: “Estamos por dudar de que exista el Paraguay. Descendientes de razas guaraníes, indios salvajes y esclavos que obran por instinto a falta de razón. En ellos se perpetúa la barbarie primitiva y colonial. Son unos perros ignorantes de los cuales ya han muerto ciento cincuenta mil. Su avance, capitaneados por descendientes degenerados de españoles, traería la detención de todo progreso y un retroceso a la barbarie... Al frenético, idiota, bruto y feroz borracho Solano López lo acompañan miles de animales que le obedecen y mueren de miedo. Es providencial que un tirano haya hecho morir a todo ese pueblo guaraní. Era preciso purgar la tierra de toda esa excrecencia humana: raza perdida de cuyo contagio hay que librarse”. En esta línea, también puede citarse el discurso público de Sarmiento en el Senado de la Provincia de Buenos Aires del 13 de septiembre de



1859: “Si los pobres de los hospitales, de los asilos de mendigos y de las casas de huérfanos se han de morir, que se mueran: porque el Estado no tiene caridad, no tiene alma. El mendigo es un insecto, como la hormiga. Recoge los desperdicios. De manera que es útil sin necesidad de que se le dé dinero. ¿Qué importa que el Estado deje morir al que no puede vivir por sus defectos? Los huérfanos son los últimos seres de la sociedad, hijos de padres viciosos, no se les debe dar más que de comer”.

Después de estas citas, vale la pena volver a preguntarnos: ¿cuáles son y dónde están las malas palabras?



Maleducados del pasado

Ludwig Wittgenstein (1889-1951)

En la biografía del filósofo, Ray Monk relata que después de escribir su famoso *Tractatus*, cuando era soldado en la Primera Guerra Mundial, Wittgenstein consideró que había resuelto todos los problemas de la filosofía y que ya no podía ir más lejos en la materia. Se fue a trabajar de maestro de escuela en un pueblo perdido de las montañas de Austria. Era muy severo, malhumorado, violento incluso, regañaba continuamente a los niños y les pegaba cuando no se sabían la lección. No palmadas o reglazos, sino puñetazos en la cabeza y en la cara, palizas impulsadas por la cólera, que acabaron causando graves traumas a una serie de chicos. Corrió la voz ante aquella indignante conducta y se vio obligado a renunciar a su puesto.

Pasaron los años, al menos veinte, y para entonces Wittgenstein vivía en Cambridge, dedicado de nuevo a la filosofía y convertido ya en un personaje famoso y respetado mundialmente. Atravesó entonces una crisis espiritual y sufrió un grave desequilibrio nervioso. Cuando empezó a recuperarse, decidió que el único modo de recobrar la salud consistía en volver al pasado y pedir humildes disculpas a cada persona a la que hubiera ofendido o perjudicado. Quería pagar la culpa que le corroía las entrañas, limpiar su conciencia y empezar de nuevo. Como es lógico, ese camino lo condujo de nuevo al pequeño pueblo de montaña de Austria. Todos sus antiguos alumnos eran adultos, pero el tiempo no había atenuado el recuerdo del violento maestro. Uno por uno, Wittgenstein llamó a su puerta y les pidió perdón por su intolerable crueldad de dos décadas atrás. En



ocasiones, llegó literalmente a hincarse de rodillas y a suplicar, implorando la absolución por las barbaridades que había cometido. Cabría imaginar que una persona que se viera ante tales muestras de sincero arrepentimiento sentiría compasión por el doliente peregrino y acabaría transigiendo. Pero ni uno solo de sus ex alumnos estuvo dispuesto a perdonarlo. El dolor que había causado era demasiado profundo, y su odio hacia el maestro trascendía toda posibilidad de gracia.

Santa Hildegarda von Bingen

Nació en 1098 y fue la menor de diez hijos y por eso fue considerada el diezmo de Dios, según la mentalidad medieval, entregada como religiosa desde su nacimiento. A los cuarenta años empezó a escuchar una voz que le decía que escribiera y dibujara todo aquello que alcanzara sus ojos y oídos. Lo hizo entonces, sobre el mundo religioso, medicina y ciencias en general. Fue consejera de arzobispos, reyes y emperadores, incluso del Papa, algo impensado hasta entonces para una mujer.

Se la considera la primera sexóloga de la historia porque escribió sobre ese ámbito tabú para la época: la sexualidad del hombre y de la mujer con total naturalidad y más allá de la moral de su condición religiosa. Suyo es el primer texto del orgasmo femenino desde el punto de vista de una mujer. Aseguró su belleza, sublimidad y apasionamiento, lo que era completamente escandaloso hace diez siglos.

“Cuando la mujer se une al varón, el calor del cerebro de ésta, que tiene en sí el placer, le hace saborear a él, el placer en la unión y eyacular su semen. Y cuando el semen ha caído en su lugar, ese fortísimo calor del cerebro lo atrae y lo retiene consigo e inmediatamente se contrae la riñonada de la mujer, se cierran todos los miembros que durante la menstruación están listos para abrirse, del mismo modo que un hombre fuerte sostiene algo dentro de su mano”.

Enrico Calamai (1945)

El ex diplomático italiano falsificaba pasaportes para quienes necesitaban salir del país por amenazas de secuestro durante la última dictadura cívico-militar de la Argentina (1976-1983). Siendo vicecónsul italiano en Buenos Aires, ayudó a escapar a unas trescientas personas y así, a salvar esas vidas.

Charlotte von Mahlsdorf (1928- 2002)

Lothar Berfelde tuvo la mala suerte de nacer en 1928, en Berlín, y de ser hijo de un déspota con ideas nacionalsocialistas que quería convertir a ese niño rubio, retraído y sensible, en todo un soldado. A los dieciséis años, el delicado adolescente mata en defensa propia a su padre. A partir de ahí, la vida de Lothar, que poco después se convierte en un travestido con el nombre Charlotte, pasa a ser una permanente lucha primero contra las SS, después contra la Stasi, policía política de la DDR, hasta sus últimos días convertida en una venerable vieja dama indigna condecorada por su valor cívico contra los *skinheads*.

La Papisa Juana

Los relatos afirman que nacida en el siglo IX, era hija de un monje, por lo que se crió en un ambiente de conocimientos teológicos que permanecía habitualmente vedado a las mujeres. Más tarde, tomaría el nombre de Juan el Inglés y se convertiría en sacerdote, hasta llegar a ser, bajo esa nueva identidad, secretario del Papa León IV. Tras su muerte, Juana fue elegida Pontífice y su cargo como líder de la Iglesia Católica se extendió por dos años, hasta que, embarazada, su parto se desencadenó en medio de una presentación pública. Desde ese momento y hasta el siglo XVI, para evitar estos “errores”, se tomó la costumbre de sentar al hombre que había sido elegido Papa en una silla con un agujero en el asiento, y a través de ese agujero se comprobaba –no queda claro si a través de un control visual o al tacto– que la genitalidad correspondiera a la de un hombre.



Bobby Fisher (1943- 2008)

Ajedrecista estadounidense, acaso sea el mayor genio emblemático de los grandes maestros históricos de este juego ciencia. Aprendió a jugar ajedrez por sí mismo, a los siete años, a partir de las instrucciones que venían en un estuche con diversos juegos que le regaló su hermana. Su afición por el ajedrez fue aumentando hasta llegar a la obsesión. Su madre, preocupada, lo llevó a la consulta de un psiquiatra. A los dieciséis años abandonó la Erasmus Hall High School para dedicarse por completo al ajedrez. Aseguraba que estudiar era una pérdida de tiempo. Sus profesores lo recordaban como un muchacho difícil y asocial. Se sabe que poseía un cociente intelectual de 187 (el CI de Stephen Hawking es de 160). Cuando Bobby tenía diecisiete años su madre decidió que no podía seguir conviviendo con él y se mudó de vivienda y de barrio dejando solo a su hijo entregado totalmente al ajedrez. En una ocasión abandonó un torneo porque estaba jugando una mujer, Lisa Lane, campeona de los Estados Unidos. Llamativamente, en 1991 es una mujer, la húngara Judith Polgar, quien supera el récord de Fischer coronándose Gran Maestro a los 15 años. En el momento culminante de su carrera, a los veintinueve años, después de haber conquistado el campeonato mundial, nunca más quiso volver a jugar una sola partida de competición oficial.

Solía lanzar furibundos pronunciamientos antisemitas y antiestadounidenses. A pesar de ser él mismo de ascendencia judía por el lado materno, admiraba a Hitler y era un negacionista del Holocausto. En una entrevista a una radio filipina del 12 de septiembre de 2001, Fischer proclamó su satisfacción por los ataques terroristas contra las Torres Gemelas y el Pentágono ocurridos el día anterior y se pronunció en durísimos términos contra los Estados Unidos e Israel. Fue perseguido por el gobierno de su país por sus declaraciones, hasta que Islandia le ofreció la ciudadanía, donde vivió sus últimos tres años.



Giovanni di Pietro Bernardone, también conocido como San Francisco de Asís (1181-1226)

Se desnuda ante la comunidad de Asís devolviéndole a su padre todos sus bienes, y queda expuesto a la burla y a las críticas por su condición de mal hijo. Dedicó su vida a estar al lado de los leprosos, los enfermos, los más pobres de los pobres, alistando tras de sí una infinita fila de maleducados que deciden dejarlo todo para abrazar su ideal de amor al prójimo en la más absoluta de las pobreza. El último Sumo Pontífice decide llamarse Francisco en su honor.

Saúl Alejandro Taborda (1885-1943)

Fue uno de los más importantes pedagogos críticos de la obra de Sarmiento. Participó activamente en la Reforma Universitaria de Córdoba, en 1918, y fue rector del Colegio Nacional Rafael Hernández de la ciudad de La Plata en 1920, del que fue expulsado al año siguiente, acusado de anarquizarlo. A diferencia de Sarmiento, sostiene que los principios pedagógicos deben derivarse del hecho educativo comunal y no de la doctrina de la igualdad sostenida en Europa. Por otra parte, afirma que las instituciones copiadas, como las que Sarmiento propuso y concretó, cargan con contradicciones que son propias de sus contextos de origen, cosa que ocurre con las escuelas. En su obra escrita, Taborda muestra que antes de las escuelas de Sarmiento, las comunidades habían desarrollado una escuela y un tipo de educación que llama “facúndica” (para aludir al caudillo Facundo Quiroga y al libro de Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*). Sostiene que todos los espacios sociales son educativos y se mueven en la dialéctica entre dos polos: la tradición y la revolución. Pretender, como Sarmiento, una “revolución” que no tenga en cuenta la tradición educativa, lleva a copiar modelos extranjeros que cargan con un “ideal de ciudadano” ajeno a nuestra idiosincrasia.



León Tolstói (1828-1910)

Escritor ruso, autor de obras cumbres de la literatura mundial. Fue un anarquista de corte cristiano. Vegetariano, defensor del esperanto, practicó la vida sencilla dentro de la naturaleza, la no violencia y la libertad del individuo. Criticó duramente al Estado, a la Iglesia, a la Justicia, al Ejército y a todo tipo de autoritarismo. Fue excomulgado por la Iglesia rusa. Noble de nacimiento, repartió sus propiedades entre los campesinos y se dedicó a la instrucción del pueblo, poniendo en práctica sus teorías pedagógicas antiautoritarias. Para ello funda la Escuela de Yasnaia Poliana en 1859, en una finca de su propiedad, la cual constituye una de las primeras experiencias de escuela libertaria y antirepresiva. Para Tolstói, la metodología y el fin de la educación es la libertad, por lo que es una escuela abierta a todo el mundo, donde no existe ningún tipo de obligación. No hay horarios ni programas ni disciplina. Todo el aprendizaje se basaba en la enseñanza mutua y el trabajo cooperativo. Tampoco hay premios o castigos y los exámenes están excluidos. La metodología se basa en un aparente desorden u “orden libre”, nacido de las necesidades de los alumnos y que irá desapareciendo a medida que estos progresen en conocimiento: “Cierta tipo de desorden exterior es útil, según pienso yo, y nada puede sustituirlo, por muy raro e incómodo que pueda resultar al que enseña (...). El maestro está siempre llevado involuntariamente a escoger para él el procedimiento de enseñanza más cómodo. ¡Cuanto más cómodo es este procedimiento para el maestro, más incómodo es para los discípulos! Sólo es bueno aquel que satisface a los alumnos.”

